

EN LA PRIMERA DÉCADA DE VIDA DE LA DIPLOMATURA EN CULTURA ARGENTINA (2009-2019)

Dr. Pedro Luis Barcia

Buenas tardes a todos, como manda la sapiente gramática.

La Diplomatura cumple este año su década de vida expansiva. Comenzó en la sede del CUDES con 30 alumnos y actualmente se dicta en cuatro sedes: Recoleta, Belgrano, San Isidro y Pilar para más de medio millar de asistentes.

Es una década ganada para el saber cultural de los argentinos. Porque, entre tanto estrechamiento de horizontes y de logros, que venimos padeciendo por años, hoy hacemos un balance positivo de lo trabajado y logrado. Como en tantos espacios, en el terreno del conocimiento, estudio y difusión de nuestros bienes culturales habíamos padecido un empobrecimiento gradual y sostenido.

Cuando yo era muchacho de secundario a finales de la década del Cincuenta cursábamos en quinto año una materia bautizada como “Historia de la cultura argentina”. Para mí fue *un suceso*, es decir un hecho que me cambió la perspectiva. Y como cada vez se afirma más en todas las disciplinas, la biografía pesa en todo. Hoy, ese concepto, se ha derramado en todos los campos, hasta en el científico. Y aquí está la raíz de esta Diplomatura. Cuando llegue a la Universidad de La Plata, sin ella, desde mi Entre Ríos natal, me encontré que en el plan de estudios del Profesorado en Letras que iniciaba, aparecía una asignatura sobre aquella materia que me había entusiasmado. La dictaba, ahora trazada en pantógrafo, don Alberto Palcos, el estudioso de la obra de Echeverría y de Sarmiento. Y su dictado ratificó mi interés por ella. Colecté en las librerías de viejo ejemplares de casi todos los manuales de aquella materia que cursamos en la escuela secundaria: libros de Juan Carlos Zuretti, José Astolfi, José Luis Cosmelli Ibáñez, etc.

Cuando sopló el vendaval del 70, esta materia -que ya había sido aventada de los estudios secundarios-, fue barrida de los claustros de la Universidad. Tuvo el mismo destino que otra disciplina cuya omisión tanto nos ha perjudicado en la formación de nuestros docentes: la anulación de los Seminarios de Lectura y Comentario de Textos – fundamental herencia francesa- en Historia, Filosofía, Letras, Sociología, y demás. Los teóricos se enseñorearon de todos los niveles pedagógicos y degollaron las realidades. Así se invertía la frase de Fortoul o de quien fuera, según Groussac, que manuscibió Sarmiento en la roca, y que en una de sus versiones él mismo tradujo como **“Las ideas no se degüellan”**. **Lo grave es cuando las ideas matan a la realidad**. En el Setenta ocurrió eso y padecimos, y seguimos con esa herencia nociva, del amortecimiento del realismo en todos los planos. Y los ideologismos –no las necesarias ideologías- siguen proyectando su sombra congelada e inamovible sobre la pobre realidad, a la que ignoran y a la que pretenden conformar.

Nostálgico de lo desaparecido, empecé a remar para darle revitalización a aquellos cursos. Cuando era profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad Austral, diseñé una Maestría en Cultura Argentina en el marco de la Iberoamericana.

Mi diseño de la Maestría en Cultura Argentina deseaba aprovechar la ocasión de la celebración de los dos bicentenarios: 2010 y 2016, ambos bastardeados por el gobierno de turno. Avancé, como decía Napoleón, hasta donde mi ejército tuvo munición de boca: los malditos dracmas me detuvieron la marcha. Debí, pues, por razones crematísticas –siempre el griego dignifica lo que toca, aun el vil metal- desistir de mi proyecto y me quedé con media docena de programas en la mano: el de Historia, de García Belsunce, el de folklore, de Olga Fernández Latour, el mío de Lingüística, y unos pocos más, de los que habíamos sido anticipados en el *pro-gramar*, es decir en adelantar la letra. Y el dar clase no es otra cosa que avanzar en pos de lo pro-puesto, para ir edificando el camino que conduce a esa pequeña utopía que es todo programa.

En paralelo, trabajaba en consolidar dos Institutos que se constituyeran en bases para investigadores y estudiosos, como usinas que dinamizaran el proyecto de la Maestría. Logré concretar uno, con la eficiente ayuda de quien era por entonces Directora de nuestra Biblioteca Central, Alicia Nores: **el Instituto de Estudios Americanistas “Julián Cáceres Freyre”**,

que abrimos gracias a la generosa y variada donación del estudioso riojano: colecciones varias, biblioteca y archivo. Por lentitud de las autoridades -las cosas en palacio van despacio- perdimos la donación del fondo de Isabel Aretz, -que debía hacer *pendant* con la herencia el don Julián-, de su magnífica colección de instrumentos nativos americanos. Aun dejo correr una furtiva lágrima cuando lo recuerdo.

Entre tanto, durante tardes y tardes solíamos conversar – hoy dicen platicar- con el doctor Roberto Bosca -en rigor, yo escuchaba solamente, como es mi natural- sobre todas las cosas y algunas otras, y entre ellas retomábamos la idea de la cultura argentina. Pensamos en un Instituto de la Cultura Argentina y una revista. Pero se me impusieron otras series de publicaciones. Inauguramos, sí, una sesión de aquel potencial instituto, dedicada a Estudios sobre la Mujer, que lanzamos con bombos pero sin platillos gastronómicos. Todo fue arar con palabras, como dice Hesíodo. Pero, a la larga, las palabras se afincan en realidades.

Finalmente, en 2009, Roberto hizo pie en el CUDES, que nos brindaba su magnífico salón de actos, y nosotros le aportaríamos, en justa retribución, algún aporte económico. Y así fue consolidándose el proyecto en una forma diferente: una Diplomatura, en cuya plasmación Bosca bregó, desde entonces, quijotesca, en todos los frentes para darle vida sostenida a esta nueva creatura, de difícil crianza. Suele a veces ser más fácil generar *creaturas* que mantenerlas como *criaturas*, es decir, alimentadas y vitales. Roberto ha sido el dínamo de esta Diplomatura.

Dice el dístico: “Es de bien nacidos/ ser agradecidos”. Junto a Roberto, es encomiable la labor del Sergio Delgado, que ha trajinado en todos los combates, es nuestro SUM, sujeto de usos múltiples. Y los directores de cada sede, y las colaboradoras eficientes y sufridas, como pasamanos de escalera. Y los coordinadores de las secciones, y una larga lista de obreros de la pirámide.

Y gracias a nuestros alumnos que con su entusiasta adhesión y estímulo de acompañamiento nos han insuflado ánimo continuo de superación y nos han certificado con su permanencia el acierto de nuestros esfuerzos.

Y, *dulcis in fundo*, nuestros profesores que son los atlantes y ellas cariátides, que sostienen nuestro templo. Hoy subrayamos nuestro

reconocimiento a los primeros docentes, los Padres Fundadores de esta empresa.

Para muestra, valgan los tres botones que hoy concertamos en esta mesa, respondiendo a la paremia, aunque Virgilio la incluye como propia, de *Omne trinum perfectum est*. Coordinados con la vara alta benéfica de Pablo Gianera. Agradecemos su estimable colaboración. Prometemos molestarlos solo cada diez años.

El crecimiento, sin prisa y sin pausa como el camino de la estrella en el firmamento, al decir de Goethe, de la Diplomatura nos llena de orgullo. Y ella ha sido reconocida por el entonces Ministro de Cultura de la Nación, Pablo Avelluto, quien por Resolución del 7 de marzo de 2018, declaró a nuestra Diplomatura de “interés cultural”, y nos visitó y disertó en el acto de apertura del año pasado.

Hemos operado a la luz de la lúcida frase que un labriego anónimo, -uno de esos que Pedro Salinas llama “analfabetos profundos”- le regaló al conocido educador Giner de los Ríos, cuando en una visita a un campo se asombró frente al espectáculo de la tierra diseñada y labrada en parcelas diferenciadas y complementarias, con su diversidad de sembrados frutecidos y dispuestos en surcos perfectos. Y el educador le preguntó: “¿Cómo han logrado esto?”. Y el campesino le respondió: “Señor, todo lo que sabemos lo sabemos entre todos”. Así sumamos aquí.

Hemos recibido ofertas de cuatro provincias: Mendoza, Santa Fe, Salta y Tucumán, para extender nuestra Diplomatura a sus ámbitos en el Interior. Pese a lo tentador de la oferta, nos hemos negado porque sería difícil desplazar a esas cuatro provincias a nuestros docentes, para el dictado de sus clases, a lo largo de dos años, ya muy cargados de responsabilidades en esta ciudad que supo ser la Reina del Plata. Hemos aconsejado a las hermanas del país Interior que diseñen sus propias Diplomaturas, a partir de nuestro modelo, como vía de concreción de sus aspiraciones. Ojalá lo encaucen.

Hoy, en cambio, estamos avanzando en un diseño alternativo: hemos dado comienzo a un nuevo camino, el digital, para el dictado de la Diplomatura. Nuestra voluntad es llegar a la casa de todos para facilitarle el acceso a nuestro programa. Obviamente, el dictado digital se distingue del presencial, e impone algunos condicionamientos.

Nuestros docentes hacen un firme esfuerzo por lograr síntesis efectivas de sus conocimientos para brindarlos a nuestros alumnos. En primer lugar, realizan una fuerte selección de los temas esenciales en cada una de las manifestaciones de la cultura a su cargo.

Como dice Paul Valéry. “Si a los bailarines de ballet se les dieran zapatillas un par de números más chico de lo apropiado, no tropezarían, porque son virtuosos en lo suyo: inventarían pasos nuevos”. Esta destreza es a la que ejercitarán nuestros docentes en sus exposiciones; adensar en poco tiempo mucha materia, expuesta con tónica estimulante para que usted se interese en expandirla.

Y podrá ampliar esta perspectiva, si así lo desea, a partir de su visita a nuestro Campus Virtual, en el que lo esperan materiales diversos, complementarios de las clases. Muchos de ellos pdf de libros, ensayos y artículos de la autoría de los propios profesores, guías de orientación bibliográfica, videos, películas, y un largo etcétera.

La Diplomatura, en su diseño curricular, contiene un conjunto de abordajes disciplinarios que nuestros especialistas desarrollan en los campos de la Historia, la Literatura, el Pensamiento, las Religiones, la Pintura, la Música, la Arquitectura, y otras artes y diversos modos de expresión de la cultura popular argentina. Por supuesto, trazaremos las grandes avenidas en cada uno de estos campos, sin entrar en la cuadrícula de los barrios.

Lo que se advierte, en la más ligera de las miradas del listado del elenco de nuestros profesores, son dos notas evidentes: una, su relevante nivel intelectual, reconocido por los miembros de la comunidad cultural, cada uno en su especialidad.

La segunda nota es su diversidad ideológica. Esta plausible condición evita que nuestra Diplomatura sea de sesgo hegemónico. Por el contrario: nuestro alumno escuchará un coro con voces de bajos, tenores, contraltos, barítonos, no la monocorde entonación de una sola tonalidad. Es esta una modalidad valiosa e infrecuente. Habrá ocasiones en que usted coincidirá con la opinión del expositor y otras en que diferirá.

Pero lo que escuchará siempre son voces calificadas, de honestidad intelectual cierta, cuyas opiniones, estimaciones, juicios de valor o enfoques si no son los de usted, de seguro lo incitarán a pensar y aun a

contrapensar, que es tarea siempre enriquecedora y flexibilizadora. En mi provincia, a los cursos unificados ideológicamente, los denominamos “bailes entre primos”, es decir, que no son fecundos, ni tienen trascendencia.

La estructura de la Diplomatura no es la tradicional de los cursos universitarios, es más ágil y dinámica. Es **aperitiva**, como calificaba Pascal a la virtud de la llave: “*Vertu aperitive de la clé*”. Abre su apetito y su sed motivándolo a bajar a “la bodega vinaria del saber”, como decía santo Tomás de Aquino. Es **ordenadora**, porque sin lugar a dudas, tenemos un conjunto de conocimientos e informaciones en nuestro haber cultural, pero no siempre sistematizados y más bien desordenados. Lo asistimos para poner su casa en orden. Y, en tercer lugar, es **enriquecedora y pontonera** porque le aporta nuevos contenidos a los suyos, los matiza y los articula.

Nuestra Diplomatura procura ratificar nuestra *identidad cultural*, subrayando las líneas que contornean nuestro perfil identitario. Nos conducirá a consolidar nuestro *sentido de pertenencia* a una comunidad cultural y esclarecerá nuestra *conciencia hereditaria* de un rico legado que debemos conocer para sentirnos verdaderamente argentinos. Tener el orgullo de nuestros bienes culturales y plantarnos, sin complejo de inferioridad, frente a la cultura universal, sintiéndonos derechohabientes, herederos de ella y responsables frente a ella. Como lo hicieron Lugones, Marechal y Borges, para citar a autores de distinta concepción, para elaborar su propia y personal obra creadora.

En la visita a cualquiera de las grandes librerías se nos pone por delante mesas con una vasta oferta de libros que han dado en llamarse de “autoayuda”, de las más diversas orientaciones e imprevisibles propuestas. Ello denuncia la falta de asistencia a necesidades básicas de los contemporáneos. Rescato, como contraoferta, una frase simpática de Victoria Camps: “La mejor vía de autoayuda es la cultura”. Y así ha de ser, no más, porque nuestros alumnos lucen vivaces y animosos.

Que un emprendimiento no económico perdure en continuo crecimiento en nuestro país, y pase de pequeña a mediana empresa, sin apoyo estatal, para hablar la lengua del día, es un **éxito**. Lo es en cuanto logro feliz y gozosa realización. Pero, además, lo es en la segunda acepción del vocablo, la que se lee en los aviones y en los hospitales, en luminosos

caracteres esperanzadoramente verdes y en estricto latín que la gente cree gringo: **exit**, salida.

Nosotros no aportamos “nuestro granito de arena”, como dicen los ministros con expresión recurrente y boba. No. Nosotros, los académicos activos –los otros si no están en cama están en coma-, nosotros aportamos “nuestro corpúsculo de sílice”, así dicho, con dos esdrújulos, porque sabemos poner énfasis acentual en lo que corresponde y lo sabemos hacer. Todos nuestros profesores saben saber, lo que es la base del saber verdadero.

Estos diez años nos están diciendo que crecimos porque estamos satisfaciendo *una apetencia de los argentinos*: la necesidad de sentir orgullo de lo nuestro, de nuestros artistas, de nuestros escritores, de nuestros deportistas, de nuestro cine y nuestro teatro, de nuestra cultura popular, de nuestra bustrofedónica historia (perdón por el grecismo, y que la serena María Sáenz Quesada y el inadjetivable Isidoro Ruiz Moreno me disculpen).

Porque en esta Diplomatura hemos gratificado la memoria. Por profundas razones los griegos tenían a Mnemósine como madre de todas las Musas. Los argentinos hemos logrado muchos y valiosos bienes culturales, que, frente a los predicadores de la tierra baldía. –diría Eliot-, nosotros, clase a clase, alzamos como valores en todos los campos de la cultura, y los ponemos por sobre nuestras cabezas. Son nuestros.

Hemos situado a esta tríada de nuestros profesores en un escenario porque, a esta altura de los tiempos, es un espectáculo impar que haya hombres pensantes y reflexivos que se inclinan sobre la compleja materia de nuestro país para auscultarlo y entenderlo, con buena voluntad allegadora y respetuosa de las opiniones ajenas. Esta será una clase pública a seis manos y tres cabezas, en que abordarán la materia del título convocante: “La Argentina en su laberinto”. En estos días acabo de publicar un libro sobre Marechal. Recordemos que en su *Laberinto de amor*, interpreta el lúcido mito pagano de la trama de piedra de Creta, *more christiano*, cuando dice, en un dístico aplicable a nuestra actual realidad argentina:

En su noche, toda mañana estriba.
De todo laberinto se sale por arriba.

El arriba de lo moral, de la espiritual, de lo cultural, de lo trascendente. Así sea.

Como dice el romance viejo: “Denos Dios ventura en armas/ como al paladín Roldán”, para seguir con esta siembra sostenida que va dando sus buenos frutos. **A Dios rogando y nuestras clases dando.** Y festejando lo bien bailado con payada y música nacional, en guitarra, que como dice el poeta, tiene talle y caderas de dama, lo bailado. En eso estamos. Que siga la fiesta y gracias a todos.